

Más que histórica, vieja

JOSE ANTONIO ABELLA

ESTOS días tediosos de finales del invierno, cuando todavía no han regresado los vencejos y unas de las pocas distracciones de los sufridos ciudadanos es observar a sus boquiabiertos representantes —en boca cerrada no entran moscas, pero en otras anidan hasta cernícalos primilla, como bien recordarán los lectores de este periódico—, en estos días tediosos, digo, es verdaderamente encomiable el esfuerzo que algunos de dichos representantes realizan por poner una nota de color en la monotonía gris de nuestras aburridas ciudades. Esta misma semana, sin ir más lejos, el concejal de Urbanismo del Ayuntamiento de Segovia nos dice que un edificio del siglo XV es, *más que histórico, viejo*. Y, no contento con este juicio de valor, viene a darnos una lección sobre lo que, según él, no es sillería de granito sino «un revestimiento de poco espesor que, además resulta antiestético por las grapas metálicas que le fueron colocadas».

Señor concejal: la sillería, a diferencia de la mampostería y del sillarejo, se caracteriza porque sus ele-

mentos —los sillares— están labrados en todos sus parámetros, que es como los canteros llaman a cada una de esas seis caras de los viejos pedruscos, ya que no históricos, que usted puede observar en el edificio en cuestión. Y si usted observa bien, podrá percatarse que el alfiz que enmarca las enormes dovelas del arco de entrada de dicho vejestorio se encuentra ornamentado por una decoración de conchas que le hace verdaderamente singular en los albores del renacimiento segoviano. Con respecto al grosor de eso que a usted le parecen *plaquetas de granito*, ¿qué decirle? Acaso que acuda —es un consejo desinteresado— a un buen oftalmólogo.

Y, hablando de ojos, tengo yo ahora delante de los míos el dibujo con el que el pintor Avrial trató de immortalizar —triste falacia y vano intento— el palacio llamado de la reina doña Juana, precisamente en esa misma plaza de los Espejos en la que hoy todavía se encuentra el edificio que nos ocupa. Si es cierto que toda comparación es odiosa, ésta todavía lo es más: confrontar la imagen de Avrial con la que actualmente osten-

ta dicha plaza resulta verdaderamente penoso. Como penoso es que este palacio del siglo XV no haya sido apuntalado y protegido antes de que se iniciaran los derribos de las casas colindantes. «¿Hasta dónde no llegará tu inocencia?», podría preguntarme cualquier lector amigo. «¿Es que no comprendes que la táctica del abandono —dejar que las cosas se caigan solas o, a lo sumo, ayudándolas un poquito— es lo menos engorroso para saltarse trámites y despachos, leyes y ordenanzas?»

¿Qué modelo de ciudad quieren ustedes?, venían a preguntar los expertos del Consejo de Europa. Y a uno le daban y le siguen dando ganas de llorar. Porque declaraciones como las del concejal de Urbanismo sobre un edificio «*sin ningún interés ni artístico ni arquitectónico*» le retrotraen a las épocas más oscuras de nuestro pasado reciente. A propósito, ¿se dan ustedes cuenta de que tal declaración es casi idéntica, palabra por palabra, a las que antecederon al derribo del arco de San Martín, como en esta misma sección recordábamos hace unas semanas? Entre ambas ha pasado más de un siglo....

ya ven ustedes lo que hemos avanzado.

Mientras el conjunto de los ciudadanos, y muy especialmente sus representantes, piensen que nuestro patrimonio histórico no es sino un conjunto de monumentos con el Acueducto, la Catedral y el Alcázar a la cabeza; mientras no se den cuenta de que toda la ciudad es un único monumento a conservar, seguirán ocurriendo casos como éste, perfectamente justificados para quienes parecen creer que esta ciudad, más que histórica, es sencillamente vieja.

Al iniciar este artículo, elogiaba ciertos esfuerzos por alentar la hilaridad de una ciudadanía más bien apática, pero su redacción se me ha ido volviendo amarga: cuando los dientes de acero de las excavadoras, al avanzar el derribo de marras, quebraron lo que me pareció un lauro en flor, algunas de las gentes que allí estaban recogieron sus ramas verdes con una cierta expresión de pena en sus rostros. ¿Sería para usar sus hojas en el próximo cocido, o tal vez para tejer una corona de laurel destinada a la testa de nuestros ediles?